

DESORGANIZACION

No hay únicamente una desorientación política en el fondo de esta etapa que comenzamos a vivir, hay también una desorientación del espíritu, producida por el choque de dos culturas. Tanto como decir, conflicto entre el hombre abstracto y el hombre real. Un fenómeno existe de profundidad temerosa y acerca del que nunca será vano insistir. Y es que las dictaduras no son propicias al desenvolvimiento de la cultura. Son en cambio, fértiles en sorpresas, porque acumulan, bajo la presión material y el orden rígido y arbitrario, fuerzas nuevas que esperan su hora. Desde luego, puede notarse la pasividad y la indiferencia con que se mantuvo el elemento puramente especulativo. Hizo crisis la vieja cultura? Hizo crisis el instrumento de captación de la realidad, incapaz de sentir o de ver los elementos vivos de una época que las necesidades económicas y los rudos análisis sociales incorporan en la vida de un pueblo. Como ha expresado un pensador, la cultura está hecha para la vida real y no puede desprenderse de ella puesto que no es el patrimonio exclusivo de la élite que la ha creado sino un bien común. Su función consiste en dar el tono y mantener la fuerza de los valores. En la misma ansiedad e inquietud del hombre joven existe una censura amarga contra la vieja cultura tradicional que no le proporcionan los elementos necesarios para penetrar en la transformación audaz del tiempo presente. Suponer que la cultura sirve sólo para las veleidades espirituales o para merceder la nostalgia brumosa de algunos eclécticos, es pensar con prescindencia de la realidad. Este mismo aspecto negativo de la cultura que según el orden nuevo debe ser seguridad, comprensión, estímulo para perseguir un tipo de humanidad depurada y energía para dominar los fenómenos cotidianos y establecer relaciones estrechas con los sucesos que sobrevienen bruscamente lo encontramos en las direcciones políticas. Chile presenta hoy el cuadro de un país desorientado políticamente. En cada sector de la colectividad, hay un grupo que aspira a tener en su mano el sentido de la realidad política. Pero muchos de ellos, no representan sino supervivencias de viejas ideologías doctrinarias, aun no remozadas por la violencia de los hechos.

De este estado caótico no debe culparse sino a la dictadura con que fuimos deprimidos. El primer objetivo de una dictadura consiste en destruir las organizaciones políticas, humillándolas por el halago interesado o por el servilismo. Sus componentes se separan o se destruyen entre sí. Unos permanecen al margen de toda actividad y los otros se enervan o se liquidan por el adulo. La doctrina deja así de ser un estímulo. Al mismo tiempo, una dictadura crea una casta social de nuevos ricos, para los cuales no existe la norma de una función administrativa o política en orden, puesto que todo está supeditado a la mayor o menor cantidad de metálico de que se disponga para gozar de la vida. Obsérvese como las burocracias parasitarias, superiormente rentadas, crean, en los regímenes de fuerza, un comercio artificial de lujo, que se desinfla en cuanto la economía o las finanzas se deprimen y se estreñan contra la dura realidad de las cifras. En Chile el caso es patente. Con los grandes sueldos aparecieron innumerables casas de artículos suntuarios, que hoy están amenazadas de quiebra, puesto que desaparecieron los sueldos que le daban vida. Luego, problemas generales de ambición y de desenfreno, de ostentación viciosa que se producen por la falta de coordinación y de

equivalencia entre los recursos y los medios para adquirirlos. Una casta que goza de la vida y una a que está reservada una existencia pobre y obscura, sin deseos satisfechos, sin serenidad para juzgar, sin más ética que el pesimismo y el descontento, forma el balance inmediato de un estado dictatorial.

Pues también fomenta la prostitución de la mujer, puesto que el aumento del lujo, sin grandes sacrificios para adquirirlo, da origen a la emulación, que se obstina por alcanzar el mismo beneficio a costa de la moral. La resignación da origen al sacrificio. La no resignación envuelve el desprecio por los escrúpulos, el olvido de todos los deberes y el logro, mediante intrigas y bajezas, de una situación económica holgada, o bien el fermento de un odio confuso, sombrío, que hierve lentamente en las capas inferiores de la sociedad. Este fermento se corporiza en actitudes y en gestos rebeldes. Encima de esa capa descontenta que protesta a la sordina, está la clase directora, que la forman aristócratas ociosos y derrochadores, que se entregan a la dictadura por un oscuro instinto de conservación; comerciantes y contratistas, sin escrúpulos, que se enriquecen a costa del Estado; industriales o funcionarios que negocian al amparo de las influencias; hacendistas, que especulan con la deuda pública; altos burócratas que perciben grandes sueldos y que utilizan su influencia para proteger a sus favoritos o a sus correligionarios; bandas de políticos venales o improvisados entre los cuales se reclutan agentes o gestores menudos, y cuyas ramificaciones alcanzan hasta las más distantes provincias. Esta clase directora, que en realidad forma una minoría parasitaria, es la que en las dictaduras gasta la mayor parte del presupuesto, que podría emplearse en fomentar la producción o en mejorar los servicios más importantes de un Estado.

Pero el punto fundamental es la desorganización y el desconcierto que crea una dictadura en el orden político y en el orden espiritual. Conscientemente crea un desorden político, pero da vida, por manera inconsciente, al fermento de nuevas formas sociales. Puesto que, quebrada la disciplina, abolida la dignidad de la persona humana, sucede al descalabro económico la confusión de los que apresuradamente tratan de formar los cuadros de defensa, sin encontrar los antiguos resortes obedientes a las doctrinas. En el paréntesis tiránico han nacido deseos nuevos, obscuras agrupaciones que tantean un camino, fuertes núcleos juveniles y activos, que erigen la dignidad como único guía de su destino. Les ocurre a las dictaduras lo que a ciertas especies zoológicas que llevan en su interior un animalillo que les roe lenta y pacientemente las entrañas, sin que ellas se den cuenta. Este pensamiento nuevo, o esta ideología nueva que se produce en Europa al finalizar la guerra, se traslada en parte a América y provoca en la cultura cambios substanciales y, en las sociedades, cambios no menos visibles. Desarrolla extensamente el sentido de crítica, el cual se arroja sobre la realidad empobrecida por la dictadura y plantea inquietantes problemas sociales. La visión para el político es hoy la cualidad primordial. Si abandona la realidad, se perderá en un laberinto de doctrinas inútiles y vanas, en concesiones pueriles, en discusiones teóricas sin sentido. Las dictaduras producen el agotamiento y el desconcierto, pero dejan lecciones duras y amargas, que sería peligroso no recoger. Chile ha hecho una jornada precipitada y dolorosa en estos años de desorden, y la cultura y la política, superiormente orientadas en el sentido de las realidades sociales y económicas, tienen la acción y la palabra en esta hora de ásperas responsabilidades.

DOMINGO MELFI.